



Seix Barral Biblioteca Formentor

Stefanie vor Schulte

El niño del gallo negro

Traducción del alemán por

Lidia Tirado

Título original: *Junge mit schwarzem Hahn*

Stefanie vor Schulte

© 2021, Diogenes Verlag AG, Zurich

Traducido del alemán: Lidia Tirado

Cotejo y corrección de estilo: Carlos Belmonte

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Christophe Prehu

Fotografías de portada: © Mohamad Itani / Trevillion Images / iStock

Fotografía de la autora: Gene Glover /© Diogenes Verlag

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: junio de 2023

ISBN: 978-607-39-0171-0

Primera edición impresa en México: junio de 2023

ISBN: 978-607-39-0145-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

1

En el momento en que el pintor llega para elaborar el retablo de la iglesia, Martin sabe que se irá con él al final del invierno. Se irá con él y no dará vuelta atrás.

La gente del pueblo ha hablado sobre el pintor por mucho tiempo. Ahora está ahí y quiere entrar a la iglesia, pero la llave está desaparecida. Los tres hombres más habladores del pueblo —Henning, Seidel y Sattler— buscan la llave y se arrastran por los escaramujos delante del portón de la iglesia. El viento les abomba las camisas y los pantalones. Los cabellos vuelan de un lado a otro. Entretanto, los tres hombres sacuden una y otra vez el portón por turnos. Tal vez el otro lo sacudió mal. Y cada vez quedan desconcertados de que siga tan cerrado como antes.

El pintor está a un costado con sus deslucidas posesiones, mira y sonrío con desfachatez. Se lo habían imaginado diferente, pero en esta región los pintores no caen del cielo. Mucho menos ahora con la guerra.

Martin está sentado sobre el brocal, ni siquiera a diez pasos de la puerta de la iglesia. Tiene once

años. Es muy alto y delgado. Vive al día, con lo que va ganando. Mas los domingos, como no gana nada, se queda en ayunas. Y aun así sigue creciendo. ¿Cuándo será que le quede bien alguna prenda de vestir? Los pantalones siempre están demasiado grandes y, al siguiente instante, demasiado chicos.

Sus ojos son muy hermosos. Se nota de inmediato. Son oscuros y pacientes. Todo en él parece tranquilo y prudente. Y eso hace que sea incómodo para la gente del pueblo. No les gusta que alguien esté tan lleno de vida o que sea demasiado apacible. Pueden entender lo burdo. Lo pícaro, también. Pero no aceptan la medida en el rostro de un chico de once años.

Y después, por supuesto, está el gallo. El chico siempre lo trae consigo. Posado sobre el hombro o sobre el regazo. Escondido debajo de la camisa. Cuando el bicho está dormido, parece un hombre viejo y todos en el pueblo dicen que podría tratarse del diablo.

La llave sigue desaparecida, pero el pintor, de todas maneras, ya está ahí. Por lo tanto, hay que mostrarle al hombre la iglesia ahora. Henning habla dando rodeos hasta que de pronto sospecha de Franzí. «Ésa tiene la llave». Nadie sabe cómo llegó a tal conclusión. Sin embargo, la llaman. Martín está atento. Le gusta Franzí.

En efecto, Franzí viene de inmediato. La iglesia no está lejos del mesón en donde trabaja. Tiene catorce años, se coloca el pañuelo alrededor de los

hombros. El viento le sopla el cabello hacia los ojos. Es muy bonita y a los hombres les entran ganas de hacerle daño.

Resulta que Franzi simplemente no tiene nada que ver con la llave. Qué fastidio. Como ya se desperdió suficiente tiempo con la búsqueda, es necesaria otra solución.

Mientras tanto, el pintor se ha sentado en el brocal junto a Martin. El gallo revolotea del hombro del chico a los bártulos más pringosos del pintor y picotea a su alrededor.

Los tres hombres reflexionan si se pueden derribar a patadas las puertas de una iglesia. «¿Se puede utilizar la violencia para abrir la casa de Dios? ¿O romper una ventana? ¿Y cuál es mayor sacrilegio? ¿La puerta o la ventana?». Convienen en que la violencia no es buena, pues a Dios Nuestro Señor no se llega por medio de un puntapié, tan sólo por medio de la fe y la palabra.

—O por medio de la muerte —apunta Franzi.

«Qué atrevida», piensa Martin. Sólo por eso hay que protegerla toda la vida, para ver a qué cosas se atreve.

El pintor se ríe. Le gusta aquí. Le hace un guiño a Franzi. Pero ella no es de ésas y no se lo devuelve.

Habría que preguntarle a un pastor, pero sólo tienen al que les prestan del pueblo vecino. A su propio pastor lo enterraron el año pasado, desde entonces no ha salido uno nuevo. Tampoco está muy claro de dónde deberían sacar uno, pues hasta ese

momento siempre había habido uno allí, y quién sabe cómo empezó todo, si primero estuvo el pueblo o el pastor con la iglesia. Así que desde entonces toman prestado al pastor vecino. Pero como ya no es el más joven y necesita su tiempo para atravesar el tramo entre ambos pueblos, da la misa de los domingos después del mediodía.

En cualquier caso, tienen que preguntarle al pastor prestado cómo se consigue entrar a la casa de Dios. Mas ahora ¿quién debería ir a preguntar? En el cielo se acumulan nubes amarillas y hay que ir por el campo en donde no hay refugio. Aquí arriba caen los rayos en compases de un segundo. ¡Prum! ¡Prum! ¡Prum! Y podría continuar así toda la noche. Henning, Seidel y Sattler son demasiado importantes para el pueblo como para arriesgarse a morir.

—Yo puedo ir —propone Martin. Él no tiene miedo.

—Por lo menos no sería una gran pérdida —murmura Seidel. Los demás vacilan. Saben que Martin es lo suficientemente listo. Puede hacer llegar la pregunta. Seguro también logrará recordar la respuesta. Discuten entre sí y cuchichean. Al final dicen:

—Bueno, pues, ándale.

—¿Y por qué no va alguno de ustedes, con este clima de perros? —pregunta el pintor.

—Ése lleva al diablo consigo —responde Henning—. No le va a pasar nada.

2

Situada al último, la pequeña choza se halla arriba de la ladera, allá donde los pastizales congelados lindan con el bosque. Se tiene que pasar por la choza para llevar el ganado al bosque. A veces el niño está sentado en el umbral, saluda de manera amistosa y se ofrece a ayudar. En ocasiones el gallo se posa sobre la manivela de la piedra de afilar, que con los años se ha hundido en la tierra y que ahora está cubierta por completo de líquenes y adherida con firmeza al hielo. El padre afiló ahí el hacha con la que acabó con todos..., todos excepto el niño.

Quizá allí fue el comienzo.

Bertram sube la ladera porque la familia no ha ido al pueblo durante días. Como buenos deudores deberían dejarse ver para dar oportunidad de desquitarse con ellos.

Así que Bertram tiene que subir para recordarles sus obligaciones sociales.

—Pero todos muertos —cuenta. Y se alegra de que, de ahora en adelante y por la eternidad, todo mundo lo escuchará absorto y él siempre tendrá algo que contar.

Entra en la choza e inmediatamente lo ataca un demonio negro. El gallo. Cara y manos arañadas. Huyendo de rodillas, Bertram trata de protegerse y es el momento en que ve la sangre.

—Sangre por todas partes. Hedor y cadáveres. Les juro que era un infierno —dice.

—¿Cómo?

—Les digo que llevaban días ahí tirados. Ya tenían gusanos. Un desastre. ¡Puf!

Escupe hacia el piso y, como el nieto lo admira, también escupe justo al lado. El hombre le acaricia la mejilla.

—Eres un buen niño.

Y se dirige a los demás:

—Ese maldito gallo de mierda. El mismísimo diablo. No vuelvo a subir.

—Pero ¿el chico...? —pregunta alguien.

—Sí, sobrevivió. En medio de esa matanza. Probablemente quedó loco en aquel momento. Con toda esa sangre, esas heridas abiertas como un abismo, ¿entienden? Uno se podía asomar al cuerpo. Era algo repugnante. Sin duda el niño está loco desde entonces.

No obstante, el niño no está loco ni tampoco se ha muerto. Tal vez tenía unos tres años; por lo visto es tan testarudo que siguió vivo. Nadie se ocupa de él. Sí, se deshicieron de los cadáveres; pero no se atrevieron a acercarse al niño. Quizá le tenían miedo al gallo. O de plano les dio un poco de flojera.

Por ello apenas se puede comprender y aún es más difícil soportar que el chico sea sano, inteligente y —reconozcámoslo— de carácter amable. Alguno que otro desearía que el niño no hubiera sobrevivido a tal desgracia y así entonces nadie tendría que especular ni sentir vergüenza.

El chico se contenta con poco. Se le puede confiar el ganado durante todo el día y se da por satisfecho con una cebolla en recompensa. De hecho, es bastante útil para el pueblo. Si tan sólo no fuera tan horrible verlo con el gallo en la espalda. No es un hijo del amor. Está hecho de hambre y frío. Se sabe muy bien que en las noches mete al gallo debajo de la cobija. Y en las mañanas el niño despierta al gallo porque se queda dormido a la salida del sol, y entonces se ríe y la gente abajo en el pueblo escucha la risa y se persigna porque el niño se divierte con el diablo y comparte con él su lecho. Pero, a pesar de todo, pasan por la choza con el ganado. Y tienen una cebolla a la mano por si acaso.